

Cuba, too close for comfort: when proximity becomes a limit

Abstract:

This paper analyzes recent developments in U.S. policy toward Cuba within an international context characterized by multiple, overlapping crises and the growing centrality of the Western Hemisphere. Drawing on political statements, internal dynamics on the island, and strategic decisions in Washington, it examines how the combination of pressure, ambiguity, and pragmatism shapes a distinct pattern of action in the Caribbean. The Cuban case emerges as a particularly revealing scenario in which internal vulnerability, political sensitivity in the United States, and geographic proximity converge—factors that shape both the scope and the limits of foreign policy action. The analysis shows that, rather than moving toward direct intervention, U.S. policy is oriented toward a calibrated approach based on sustained pressure and selective engagement. While Cuba’s proximity enhances its strategic relevance, it also acts as a constraint by increasing the domestic costs of any escalation. As a result, the Cuban case points to a broader model of limited intervention, strategic ambiguity, and growing attention to the domestic implications of foreign policy decisions.

Keywords:

Cuba; U.S. foreign policy; Caribbean; strategic ambiguity; intervention limits.

Cómo citar este documento:

REYES RAMÍREZ, Rocío de los. *Cuba, demasiado cerca: cuando la proximidad se convierte en límite*. Documento de Análisis IEEE 32/2026. [enlace web IEEE](#) y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

*Las grandes cuestiones no se resuelven
con discursos, sino con decisiones.*
Otto von Bismarck

Introducción

En los primeros compases del nuevo ciclo político en Estados Unidos, la proyección exterior de Donald Trump se configura en un contexto internacional marcado por la simultaneidad de crisis. La escalada de tensiones en Oriente Medio, particularmente en torno a Irán, ha reintroducido escenarios de confrontación directa y ha tensionado aún más un sistema internacional ya caracterizado por la competencia entre grandes potencias y la proliferación de conflictos interconectados.

En este entorno, la política exterior estadounidense parece oscilar entre la necesidad de gestionar múltiples frentes abiertos y la tentación de reafirmar su capacidad de intervención en distintos escenarios de manera simultánea¹.

Sin embargo, más allá de estos focos de atención tradicionales, comienza a perfilarse una tendencia complementaria: la creciente centralidad del entorno geográfico inmediato. Declaraciones recientes de Trump sobre posibles actuaciones en el Caribe, junto con referencias a medidas de control o influencia sobre espacios próximos y gestos simbólicos en torno al golfo de México, sugieren que el hemisferio occidental podría estar recuperando un lugar prioritario en la agenda estratégica estadounidense².

Esta reorientación no implica necesariamente un abandono de otros escenarios, pero sí apunta a una lógica de actuación más amplia, en la que la proximidad geográfica vuelve a adquirir un valor estratégico renovado.

En este marco, Cuba emerge nuevamente como un nodo crítico. No solo por su persistente singularidad política —como uno de los regímenes autoritarios más longevos del mundo contemporáneo—, sino por la convergencia de dinámicas internas y externas que la sitúan en una posición de especial vulnerabilidad.

¹ HOLLAND, S y otros. «Trump says Iran war's core objectives near completion», *Reuters*. 1/4/26. Disponible en: <https://www.reuters.com/world/asia-pacific/trump-says-us-could-end-iran-war-two-three-weeks-2026-03-31>

Nota: Todos los hipervínculos se encuentran activos con fecha de 8 de abril de 2026.

² *THE GUARDIAN*. «Trump suggests US could carry out 'friendly takeover' of Cuba». 27/2/26. Disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2026/feb/27/trump-cuba-regime-change>

La isla atraviesa una crisis energética estructural que ha derivado en apagones recurrentes, escasez de suministros y un deterioro progresivo de las condiciones de vida. Este contexto ha alimentado un creciente hartazgo social que, desde las protestas de los últimos años hasta episodios más recientes de malestar, refleja una erosión paulatina de la capacidad del régimen para canalizar las demandas de la población³.

A esta fragilidad interna se suma un elemento menos visible, pero estratégicamente relevante: la existencia de contactos y canales de comunicación entre Washington y La Habana que, aunque discretos, apuntan a la persistencia de espacios de negociación incluso en un contexto de elevada tensión.

Decisiones recientes relacionadas con el suministro energético —como la flexibilización puntual de ciertas restricciones— ilustran esta dualidad entre presión y pragmatismo⁴.

En este sentido, la aparente contradicción entre retórica contundente y ajustes tácticos no debe interpretarse como incoherencia, sino como la expresión de una estrategia basada en la ambigüedad y en la gestión simultánea de incentivos y coerción.

La cuestión que se abre, por tanto, trasciende el caso cubano en sí mismo. En un contexto global caracterizado por la acumulación de crisis —desde Oriente Medio hasta Europa del Este— y por la creciente interdependencia entre escenarios regionales, cabe preguntarse si la atención renovada hacia el Caribe responde únicamente a dinámicas coyunturales o si, por el contrario, forma parte de una reconfiguración más profunda del espacio estratégico estadounidense.

En otras palabras, cabe preguntarse si estamos asistiendo a una ampliación del repertorio de actuación en su entorno inmediato, donde Cuba podría convertirse en un caso de referencia para comprender las lógicas emergentes de poder, presión y negociación en el hemisferio occidental.

³ MURGUÍA, S. «El descontento en Cuba empieza a tomar forma con cacerolazos y asambleas estudiantiles». *El País*. 27/2/26. Disponible en: <https://elpais.com/us/2026-03-10/el-descontento-en-cuba-empieza-a-tomar-forma-con-cacerolazos-y-asambleas-estudiantiles.html>

⁴ NARANJO, A. «Russian Oil Tanker Enters Anchorage of Cuba's Matanzas Port», *Reuters*. 31/3/26. Disponible en: <https://www.usnews.com/news/world/articles/2026-03-31/russian-oil-tanker-enters-anchorage-of-cubas-matanzas-port-ship-data-say>

Presión, ambigüedad y acción exterior estadounidense

Más allá de los casos concretos, la política exterior estadounidense en la actual coyuntura parece responder a un patrón de actuación caracterizado por la combinación de presión, flexibilidad táctica y ambigüedad estratégica. Bajo el liderazgo de Donald Trump, esta lógica no constituye una ruptura total con dinámicas previas, pero sí introduce una mayor intensidad en el uso simultáneo de instrumentos coercitivos y de canales de negociación, lo que genera un entorno de incertidumbre calculada para los actores implicados.

Este enfoque, además, no se desarrolla en el vacío. La evolución reciente de la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos refleja una creciente preocupación por la simultaneidad de amenazas y la necesidad de reforzar su posición en ámbitos considerados prioritarios.

En este contexto, el hemisferio occidental —y, en particular, el espacio caribeño— reaparece como un entorno de interés estratégico directo, no solo por razones históricas, sino también por su proximidad geográfica, su impacto en la seguridad energética y su relevancia en términos de estabilidad regional⁵.

En este punto emerge un elemento que ha adquirido un peso creciente en el discurso y en la práctica de la Administración: la idea de que el Caribe está «demasiado cerca para ser indiferente». La proximidad geográfica deja de ser un dato estructural para convertirse en un criterio operativo que orienta prioridades, recursos y atención política⁶.

Las referencias de Trump a la necesidad de «recuperar control» sobre el entorno inmediato, así como sus alusiones a posibles actuaciones en el golfo de México o en el arco caribeño⁷, apuntan a una reactivación de la lógica tradicional, según la cual el vecindario constituye un espacio de influencia natural y, por tanto, un ámbito donde la tolerancia a la inestabilidad es mínima.

Lejos de constituir un escenario secundario, el Caribe se configura hoy como un espacio en el que confluyen factores muy concretos: la crisis estructural de países como Cuba,

⁵ THE WHITE HOUSE. *National Security Strategy of the United States of America*. Washington, D. C., noviembre de 2025. Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2025/12/2025-National-Security-Strategy.pdf>

⁶ REYES RAMÍREZ, Rocío de los. *Trump, Colombia y Venezuela: ¿el retorno de la doctrina Monroe?* Documento de Análisis IEÉE 69/2025. Disponible en: <https://www.defensa.gob.es/ceseden/-/ieeee/trump-colombia-y-venezuela>

⁷ VIDAL LIY, Macarena. «Trump apunta que la operación antidroga de Estados Unidos en el Caribe pasará a una nueva fase en tierra», *El País*. 5/10/25 (consulta en archivo).

la presencia de actores externos —especialmente Rusia y China— y la creciente percepción en Washington de que el debilitamiento del entorno regional tiene consecuencias directas sobre la seguridad nacional⁸.

Esta combinación de vulnerabilidad interna y competencia geopolítica refuerza la idea de que el Caribe funciona, para la Administración, como una suerte de *mare nostrum* hemisférico cuya estabilidad debe ser preservada incluso en un contexto de sobrecarga global.

En este marco, la política estadounidense parece orientarse hacia una mayor atención y capacidad de intervención en su entorno inmediato, lo que reduce el margen para considerar esta región como un frente periférico.

Uno de los rasgos más visibles de este patrón es la coexistencia de discursos contundentes con decisiones que, en apariencia, los matizan o incluso los contradicen.

En el caso cubano, por ejemplo, las declaraciones sobre posibles cambios en la isla o escenarios de mayor presión han coincidido con decisiones concretas, como la autorización puntual de suministros energéticos procedentes del exterior⁹.

Esta dualidad no debe interpretarse como una falta de coherencia, sino como una forma de aumentar la capacidad de presión sin cerrar completamente la vía de negociación.

A esta lógica se suma un segundo elemento definitorio: la multiplicación de frentes de actuación. La simultaneidad de tensiones en distintos escenarios —desde Oriente Medio, con el foco en Irán, hasta el propio hemisferio occidental— no solo refleja la complejidad del entorno internacional, sino que también plantea límites claros a la capacidad estadounidense para sostener una estrategia intensiva en múltiples direcciones.

En este contexto, la acumulación de iniciativas y declaraciones puede reforzar la percepción de liderazgo, pero también introduce el riesgo de sobreextensión¹⁰.

Finalmente, la ambigüedad estratégica emerge como un instrumento central. La falta de

⁸ ELLIS, R. E. «La Estrategia de Seguridad Nacional de EE. UU. para 2025 y el hemisferio occidental: Implicaciones y desafíos». *R. Evan Ellis, Phd*, 2/4/26. Disponible en: <https://revanellis.com/la-estrategia-de-seguridad-nacional-de-ee-uu-para-2025-y-el-hemisferio-occidental-implicaciones-y-desafios>

⁹ SOLDATKIN, V. y ANTONOV, D. «Russian oil tanker arrives in Cuba as Moscow vows to stand by Havana», *Reuters*. 30/3/26. Disponible en: <https://www.reuters.com/business/energy/russian-oil-tanker-has-arrived-cuba-interfax-reports-2026-03-30/>

¹⁰ CBC NEWS. «Trump says 'core strategic objectives' in Iran are near completion, without providing precise timeline». 1/4/26. Disponible en: <https://www.cbc.ca/news/world/trump-iran-update-speech-9.7150448>

definiciones claras sobre el alcance real de determinadas declaraciones —incluidas las relativas a Cuba o al conjunto del Caribe— no es necesariamente un vacío, sino una herramienta que permite a Washington mantener abiertas distintas opciones de actuación.

Esta ambigüedad incrementa la presión sobre los actores implicados, al dificultar la anticipación de movimientos concretos, y consolida una dinámica en la que coerción, disuasión y negociación se combinan de forma simultánea.

En el caso del Caribe, esta ambigüedad se ve reforzada por la proximidad: cuanto más cercano es el escenario, mayor es la capacidad de Estados Unidos para modular señales, calibrar tiempos y alternar entre amenaza y pragmatismo sin necesidad de comprometerse con una estrategia única.

Cuba en el punto de inflexión: crisis interna y presión estratégica

En el marco descrito, Cuba no puede analizarse únicamente como un sistema en crisis, sino como un espacio en el que se materializan de forma especialmente visible las transformaciones en curso en la política exterior estadounidense.

La isla se sitúa en la intersección entre vulnerabilidad interna, presión externa y experimentación estratégica, lo que la convierte en un caso especialmente revelador para comprender las lógicas emergentes en el hemisferio occidental. Es decir, Cuba se



Figura 1. Manifestaciones en Cuba. Elaboración propia

ha convertido en un escenario donde se está poniendo a prueba, en tiempo real, cómo actúa Estados Unidos en su entorno más cercano.

La crisis que atraviesa el país —con la dimensión energética como expresión más visible— no constituye un fenómeno aislado, sino un proceso acumulativo que ha erosionado de manera progresiva la capacidad del régimen para sostener su estabilidad.

Los apagones recurrentes, la escasez de suministros y el deterioro de las condiciones de vida han alterado los equilibrios tradicionales sobre los que se apoyaba el sistema, debilitando su capacidad de absorción de tensiones sociales¹¹. Esto, en la práctica, significa algo muy concreto: más dificultades en la vida diaria, más frustración acumulada y menos margen para que el sistema gestione el malestar.

En este contexto, el hartazgo de la población deja de ser un elemento latente para convertirse en un factor políticamente significativo, que condiciona tanto la gestión interna como la posición internacional del país¹².

A esta dinámica se suma una pérdida creciente de eficacia administrativa y de capacidad para sostener redes básicas de distribución, lo que convierte esta vulnerabilidad en un rasgo estructural del sistema.

La desconexión entre expectativas sociales y respuesta gubernamental introduce un nivel adicional de presión que limita la capacidad del Estado para proyectar fortaleza, tanto hacia dentro como hacia fuera.

En este punto, la fragilidad interna deja de ser un asunto doméstico para convertirse en un vector de política exterior: cuanto más debilitado está el sistema, mayor es la capacidad de influencia de actores externos, especialmente cuando estos operan desde una posición de ventaja estructural, como es el caso de Estados Unidos.

Sin embargo, lo que otorga a la situación cubana una relevancia estratégica particular no es únicamente la profundidad de su crisis, sino la forma en que esta interactúa con la acción exterior de Estados Unidos.

Desde febrero de 2026, la confirmación de contactos entre La Habana y la Administración de Donald Trump evidencia que la relación bilateral ha entrado en una fase caracterizada por la simultaneidad de presión y negociación¹³. Esta interacción no responde a una lógica lineal, sino a un patrón en el que la debilidad estructural de Cuba incrementa su

¹¹ REUTERS. «Russian oil tanker arrives in Cuba as Moscow vows to stand by Havan». 30/3/26. Disponible en: <https://www.reuters.com/business/energy/russian-oil-tanker-has-arrived-cuba-interfax-reports-2026-03-30/>

¹² COLOMBO, M. «Cortes de luz, hambre y represión: el drama humanitario del pueblo cubano que pone a la dictadura al borde del colapso», *Infobae*. 31/1/26. Disponible en: <https://www.infobae.com/america/america-latina/2026/01/31/cortes-de-luz-hambre-y-represion-el-drama-humanitario-del-pueblo-cubano-que-pone-a-la-dictadura-al-borde-del-colapso/>

¹³ LA NACIÓN. «Actualizaciones recientes sobre Cuba: qué ha dicho Donald Trump de Marco Rubio y los contactos con el régimen». 17/2/26. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/estados-unidos/actualizaciones-recientes-sobre-cuba-y-que-ha-dicho-donald-trump-de-marco-rubio-y-los-contactos-con-nid17022026>

exposición a una negociación asimétrica, en la que el margen de maniobra de la isla se ve condicionado por su dependencia energética y económica.

En esencia, la nación caribeña negocia desde una posición de necesidad, con un margen muy limitado, mientras que Estados Unidos lo hace desde la libertad de acción.

La combinación de presión discursiva y apertura selectiva de canales diplomáticos no constituye una anomalía, sino un patrón emergente en la política exterior estadounidense hacia su entorno inmediato. La coexistencia calculada de mensajes de fuerza y señales de disposición al diálogo permite modular la intervención sin comprometerse con una estrategia única, generando un entorno en el que el actor más débil se ve obligado a reaccionar ante señales no siempre coherentes entre sí.

Y precisamente ahí reside su eficacia: en no dejar claro cuál será el siguiente paso. La incertidumbre, en este caso, funciona como un instrumento de desgaste: obliga al régimen a prepararse simultáneamente para escenarios diversos —desde un endurecimiento abrupto hasta una flexibilización puntual—, consumiendo recursos políticos y administrativos que ya son escasos.

El desarrollo de los acontecimientos a lo largo de este año de 2026 refuerza esta interpretación. Las declaraciones de Trump señalando que Cuba estaría «desesperada» por alcanzar un acuerdo no solo reflejan una posición de ventaja percibida, sino que contribuyen a construir un marco discursivo en el que la negociación se produce desde una asimetría explícita¹⁴.

Al mismo tiempo, la apertura de canales de diálogo directo entre Washington y La Habana, en un contexto de colapso energético, confirma que dicha negociación no es hipotética, sino operativa.

En este sentido, la interacción bilateral deja de situarse en el plano retórico para convertirse en un proceso en curso, condicionado por la urgencia interna de la isla. Es decir, no se trata de escenarios hipotéticos, sino de una dinámica que ya está en marcha.

La clave analítica reside, no obstante, en la secuencia posterior. Las declaraciones de Trump a finales de marzo, en las que afirmaba que «Cuba es la siguiente», introducen

¹⁴ MOLINA GÓMEZ, I. «Trump afirma que Cuba está "desesperada" por llegar a un acuerdo con Estados Unidos», *Huffpost*, 6/3/26. Disponible en: <https://www.huffingtonpost.es/global/trump-afirma-cuba-esta-desesperada-llegar-acuerdo-estados-unidos-f202603.html>

un elemento de escalada que amplía significativamente el rango de escenarios posibles¹⁵. Aunque estas afirmaciones no se traduzcan en acciones inmediatas, su efecto es claro: alteran las percepciones de riesgo, incrementan la presión sobre el régimen cubano y redefinen el marco en el que se desarrolla la negociación.

Sin embargo, este movimiento va seguido de un giro aparentemente contradictorio, cuando el propio Trump relativiza la importancia del suministro de petróleo ruso, afirmando que Cuba «tiene que sobrevivir»¹⁶.

Lejos de ser una incoherencia, esta oscilación podría constituir uno de los elementos más reveladores del actual patrón de actuación estadounidense. La alternancia entre amenaza y pragmatismo no respondería a una improvisación, sino a una lógica de ambigüedad estratégica que buscaría maximizar la capacidad de influencia, manteniendo abiertas múltiples opciones.

En este esquema, la incertidumbre no es un efecto colateral, sino un instrumento deliberado que condiciona el comportamiento del eslabón más frágil. Porque, en este tipo de contextos, la incertidumbre puede ser tan efectiva como la presión directa.

La combinación de crisis interna, dependencia externa y proximidad geográfica convierte a Cuba en un escenario especialmente adecuado para la aplicación de estrategias que combinan coerción, incentivos y gestión de la incertidumbre¹⁷. La percepción de imprevisibilidad —señalada incluso por actores del entorno político cubano— refuerza esta dinámica al dificultar la anticipación de movimientos y aumentar la presión psicológica sobre el sistema¹⁸.

En última instancia, lo que está en juego trasciende el caso cubano. La situación de la isla permite observar cómo la vulnerabilidad interna de un Estado puede convertirse en un vector central de la acción exterior de otro, especialmente en un contexto en el que el entorno geográfico inmediato recupera relevancia estratégica.

¹⁵ EL ECONOMISTA. «Trump vuelve a amenazar a La Habana y advierte de que "Cuba es la siguiente"». 28/3/26. Disponible en: <https://www.eleconomista.com.mx/internacionales/cuba-siguiente-trump-lanza-amenaza-presume-exito-intervenciones-militares-20260327-806306.html>

¹⁶ EFE. «Trump dice que no le importa que Cuba reciba petróleo ruso: "Tienen que sobrevivir"». 30/3/26. Disponible en: <https://efe.com/mundo/2026-03-30/ee-uu-cuba-trump-rusia/>

¹⁷ LEOGRANDE, William M. *Cuba's Response to U.S. Pressure: Adapting to a New Strategic Environment*. Washington Office on Latin America, Washington, DC, 2023.

¹⁸ CASTRO, Sandro. «Trump es una persona impredecible», *Cibercuba*. 1/4/26. Disponible en: <https://www.cibercuba.com/noticias/2026-04-01-u1-e42839-s27061-nid324656-sandro-castro-trump-persona-impredecible>

Cuba no es, por tanto, únicamente un escenario en crisis, sino también un indicador de cómo se están reconfigurando las relaciones entre poder, proximidad y capacidad de intervención en el hemisferio occidental, donde ambos factores se convierten en factores decisivos en la proyección de poder. Dicho de otra manera, Cuba ya no es solo un caso más, sino un problema que Estados Unidos no puede permitirse ignorar en su propio entorno.

En este sentido, la evolución de la crisis cubana funciona como un barómetro de la política exterior estadounidense: revela hasta qué punto Washington está dispuesto a combinar presión, negociación y ambigüedad en un espacio donde cada movimiento tiene efectos inmediatos.

Más que un episodio aislado, Cuba se convierte así en una pieza clave para entender cómo opera Estados Unidos cuando actúa en su vecindario estratégico.

Cuando la política exterior empieza en casa

Ahora bien, esta lectura queda incompleta si no se incorpora la dimensión doméstica estadounidense. La oscilación entre presión y pragmatismo no puede entenderse únicamente como una estrategia diseñada desde la Casa Blanca, sino como el resultado de un ecosistema político interno en el que convergen intereses electorales, actores legislativos con agendas propias y redes de influencia asentadas en comunidades clave.

La construcción discursiva sobre Cuba, la calibración de los tiempos de la presión y la selección de los mensajes proyectados hacia el exterior están profundamente atravesadas por dinámicas internas que condicionan tanto el margen de maniobra como los incentivos de la Administración.

La presencia de figuras legislativas con capacidad de agenda, el peso del *lobby* cubano en Florida y la centralidad del voto hispano en un ciclo electoral altamente competitivo introducen variables que no solo influyen en la formulación de la política hacia Cuba, sino que contribuyen a explicar la propia lógica de ambigüedad estratégica observada en estos meses.



Figura 2. Movilización cubana-americana en un mitin de Donald Trump en Florida. Fuente: Alan Diaz|AP Photo

En este sentido, la política hacia Cuba opera simultáneamente en dos planos: el internacional y el doméstico. En el primero, Washington proyecta presión, envía señales de fuerza y mantiene abierta la posibilidad de ajustes tácticos. En el segundo, la Administración debe responder a un entramado de actores internos que no solo condicionan el tono del discurso, sino también los límites de cualquier movimiento.

Esta doble escala explica por qué determinadas decisiones —como flexibilizar puntualmente el suministro energético o modular la retórica— no pueden interpretarse únicamente como gestos hacia La Habana, sino también como mensajes dirigidos a audiencias internas.

Como señalan diversos estudios sobre política exterior estadounidense, la acción exterior no es el resultado exclusivo de una línea doctrinal coherente, sino de la superposición de presiones electorales, intereses organizados y dinámicas institucionales que condicionan el margen de maniobra de cualquier administración¹⁹.

En este contexto, el peso de determinados territorios y actores políticos resulta determinante. Florida es el ejemplo más evidente. La concentración de población

¹⁹ MAJOR, Samuel. *La influencia de John J. Mearsheimer en la política exterior estadounidense de 2009–2021*. CESEDEN, Ministerio de Defensa, 2025. Disponible en: <https://www.defensa.gob.es/ceseden/-/esfas/influencia-john-mearsheimer-politica-exterior-estadounidense-de-2009-2021>

cubanoamericana, su capacidad de movilización y su relevancia electoral convierten la política hacia Cuba en un elemento con impacto directo en la competencia política nacional.

Las manifestaciones organizadas en Miami tras los episodios de represión en la isla, las caravanas del exilio y la presión constante de organizaciones como la Cuban American National Foundation o Inspire America han reforzado la expectativa de una línea dura²⁰. Esto introduce un incentivo claro para sostener un discurso firme frente al Gobierno cubano, incluso cuando la gestión práctica de la relación exige grados variables de flexibilidad²¹.

A esta dimensión territorial se suma el papel de las burocracias y de los espacios institucionales en los que se procesa la política exterior. El Departamento de Estado, el Consejo de Seguridad Nacional, el Congreso y las agencias federales no actúan de manera homogénea: cada uno responde a incentivos distintos, a culturas organizativas propias y a presiones externas específicas.

La política hacia Cuba se convierte, en este sentido, en un terreno donde confluyen prioridades diplomáticas, cálculos de seguridad, intereses legislativos y consideraciones electorales.

La fragmentación institucional —rasgo estructural del sistema estadounidense— genera dinámicas de competencia entre agencias y actores políticos que producen señales contradictorias y decisiones que, observadas desde fuera, pueden parecer improvisadas o incoherentes²².

La influencia de figuras con capacidad de agenda se ha visto reforzada por la llegada de Marco Rubio al Departamento de Estado. Desde enero de 2025, Rubio ocupa el cargo de secretario de Estado, lo que ha trasladado al núcleo del Ejecutivo una visión marcada por su trayectoria política en Florida y por su interlocución histórica con el electorado cubanoamericano.

²⁰ HANSEN, Lena. «Continúan las protestas y la brutalidad policial en Cuba. Miami también está en las calles», *People*. 14/7/21. Disponible en: <https://peopleenespanol.com/noticias/siguen-protestas-violencia-policial-cuba-manifestaciones-florida-washington-por-libertad-democracia-pueblo-cubano/>

²¹ ECKSTEIN, Susan. *The Immigrant Divide: How Cuban Americans Changed the U.S. and Their Homeland*. Routledge, caps. 3 (Cuban American Politics) y 4 (The Power of the Cuban American Lobby), 2009, pp. 63-122.

²² BRANDS, Hal. *What Good Is Grand Strategy?* Cornell University Press, caps. 1 (The Problem of Grand Strategy), 2 (The Uses and Limits of Grand Strategy) y 6 (Grand Strategy and American Statecraft), 2014, pp. 1-58 y 181-200.

Sus primeras decisiones —la revisión de las flexibilizaciones adoptadas en años anteriores, el refuerzo de la coordinación con el Departamento del Tesoro en materia de sanciones y la insistencia en mantener la presión diplomática— han consolidado un marco de actuación que combina firmeza retórica con ajustes tácticos orientados a gestionar riesgos de inestabilidad.

Rubio ha reiterado públicamente esta línea, como ya hacía antes de su nombramiento, por ejemplo en su comunicado del 10 de julio de 2023, donde urgía a mantener la presión sobre el Gobierno cubano²³. Otros actores, como la congresista María Elvira Salazar o el representante Carlos Giménez, han reforzado esta línea, articulando un discurso que combina identidad, memoria histórica y cálculo electoral²⁴.

A ello se suma un elemento adicional: la política hacia Cuba funciona también como política simbólica. No solo se dirige a La Habana, sino a audiencias internas que leen cada gesto como una señal de identidad política.

En este ciclo, las intervenciones del presidente en mítines en Florida, las referencias reiteradas al «régimen» en discursos oficiales y la utilización de Cuba como ejemplo de confrontación ideológica forman parte de un repertorio destinado a reforzar la cohesión de su base electoral²⁵.

Como muestran las crónicas recientes, parte de esta comunidad interpreta los gestos presidenciales como señales de firmeza, mientras otra los lee como expresiones de un estilo de poder que recuerda a la propia historia política de la isla²⁶.

En este sentido, la política hacia Cuba opera simultáneamente como política exterior y como política doméstica, lo que explica su carácter altamente instrumental.

²³ RUBIO, Marco. «Rubio Urges Administration to Maintain Pressure on Cuba», *U.S. Senate Press Release*. 10/7/23. Disponible en: <https://www.rubio.senate.gov/news/press-releases/rubio-urges-administration-to-maintain-pressure-on-cuba/>

²⁴ SALAZAR, M. A. «Salazar, Díaz-Balart, and Giménez Demand Strong Enforcement of U.S. Sanctions Against Cuban Regime», *Public*, Press release. 11/2/26. Disponible en: <https://ebs.publicnow.com/view/A83ED8F0260A46022E5A8F32B653769B518D2EBA>

²⁵ FRANCE 24. «¿"Toma amistosa" o no? Trump revive su retórica sobre Cuba desde Florida». 10/3/26. Disponible en: <https://www.france24.com/es/am%C3%A9rica-latina/20260310-toma-amistosa-o-no-trump-revive-su-ret%C3%B3rica-sobre-cuba-desde-florida>

²⁶ COLOMÉ, C. G. «Los cubanos de Florida, divididos tras nueve meses de Trump en el poder: "Actúa como Fidel"», *El País*. 8/9/25. Disponible en: <https://elpais.com/us/2025-09-08/los-cubanos-de-florida-divididos-tras-nueve-meses-de-trump-en-el-poder-actua-como-fidel.htm>

Este entramado interno permite comprender la aparente contradicción que caracteriza la política reciente hacia la isla. La coexistencia de un discurso duro —orientado a satisfacer expectativas políticas internas— con decisiones pragmáticas —necesarias para evitar escenarios de inestabilidad— no responde a una incoherencia, sino a la necesidad de operar simultáneamente en distintos niveles. La ambigüedad estratégica no es solo un instrumento hacia el exterior, sino también un mecanismo para gestionar tensiones dentro del propio sistema político.

Entender esta doble lógica es esencial para interpretar tanto la volatilidad del discurso como la aparente contradicción entre la amenaza y el pragmatismo que ha caracterizado la relación bilateral en los últimos meses.

Lo que Cuba anticipa

La evolución reciente de la crisis cubana no solo permite interpretar la situación actual de la isla, sino que introduce una cuestión que atraviesa todo el debate: hasta qué punto el escenario puede evolucionar hacia formas de presión más intensas o incluso hacia algún tipo de intervención.

Esta pregunta, presente tanto en el discurso político como en la percepción pública, no surge de forma aislada, sino como resultado de la acumulación de factores que se han venido analizando: el deterioro interno, la presión externa y la creciente centralidad del Caribe en la agenda estadounidense.

Cuba no es un escenario secundario: su proximidad, su carga simbólica y su impacto inmediato en Florida, la mantienen dentro del perímetro de atención constante de Washington. En este contexto, la isla caribeña funciona como un espacio donde estas dinámicas convergen de manera especialmente visible.

La combinación de la fragilidad económica, la crisis energética y la sensibilidad política en Estados Unidos convierte a Cuba en un indicador adelantado de cómo puede evolucionar la relación entre Washington y su entorno más próximo. No se trata únicamente de una crisis nacional, sino de un escenario que condiciona decisiones estratégicas más amplias.

Uno de los elementos más relevantes es el papel creciente de la sociedad cubana como

factor político. Las protestas, los estallidos espontáneos y la circulación de información alternativa han demostrado que el control estatal, aunque persistente, ya no es suficiente para absorber el malestar acumulado.

La reciente decisión del Gobierno de indultar a más de 2.000 presos como «gesto humanitario»²⁷ refleja precisamente esa necesidad de aliviar tensiones en un contexto en el que la presión social ha dejado de ser episódica para convertirse en estructural.

En paralelo, las intervenciones públicas del presidente cubano, Miguel Díaz-Canel, han insistido en la defensa de la soberanía y en la denuncia de cualquier injerencia externa, evidenciando una doble preocupación: contener el desgaste interno y evitar que la crisis sea percibida desde fuera como un escenario disponible para la acción de otros²⁸.

Para Estados Unidos, estas dinámicas no son un elemento secundario. La evolución interna de Cuba tiene implicaciones directas en ámbitos como la migración, la seguridad marítima o la estabilidad regional, especialmente en un contexto en el que Florida continúa siendo un espacio políticamente sensible. Cuba no ocupa el centro de la agenda global, pero sí condiciona de forma inmediata el entorno estratégico estadounidense.

La dimensión energética refuerza esta lectura. Los apagones generalizados —como el registrado el 3 de abril de 2026, cuando más del 50 % del país quedó simultáneamente sin suministro eléctrico²⁹— no solo afectan a la vida cotidiana, sino que erosionan la legitimidad del Estado y amplifican el descontento social.

La incapacidad para garantizar un servicio básico convierte la energía en un vector de inestabilidad que trasciende lo doméstico. Para Washington, esta fragilidad actúa como un indicador de riesgo: no en términos militares, pero sí como un factor que puede desencadenar dinámicas difíciles de contener.

A ello se suma un elemento reciente que ilustra el tipo de implicación que Estados Unidos está dispuesto a asumir en el corto plazo. La presencia del FBI en Cuba para investigar

²⁷ SHERWOOD, Dave y FUENTES, Mario. «Cuba begins releasing prisoners under scrutiny of rights groups, U.S. govt», *Reuters*. 3/4/26, Disponible en: <https://www.reuters.com/world/americas/cuba-begins-releasing-prisoners-under-scrutiny-rights-groups-us-govt-2026-04-03/>

²⁸ GILBERT, Albert. «Cuba y la "opción cero": el plan imposible del Gobierno de Díaz-Canel para resistir el cerco de EE.UU.», *El Periódico*. 15/2/26. Disponible en: <https://www.elperiodico.com/es/internacional/20260215/cuba-opcion-cero-plan-imposible-gobierno-diaz-canel-resistir-cerco-eeuu-126813778>

²⁹ EFE. «Los apagones dejarán sin corriente este viernes hasta el 53 % de Cuba a la vez». 3/4/26. Disponible en: <https://efe.com/mundo/2026-04-03/apagones-53-porciento-cuba-viernes/>

el ataque a una embarcación procedente de Florida³⁰ pone de manifiesto una lógica de intervención limitada, puntual y operativa.

Este tipo de actuaciones no responden a una estrategia de confrontación abierta, pero sí reflejan una creciente imbricación entre la seguridad interior y la política exterior en un espacio donde la proximidad reduce los márgenes de separación entre ambos planos.

En paralelo, el discurso político en Washington continúa oscilando entre presión y contención. Las declaraciones del secretario de Estado Marco Rubio —«la única cosa peor que un comunista es un comunista incompetente»— no solo expresan una posición ideológica, sino que funcionan como un recordatorio de que ciertos sectores del Gobierno buscan fijar los límites de cualquier aproximación a La Habana, más que abrir espacios de negociación³¹.

La acumulación de crisis externas ha empezado a generar un desgaste visible en la sociedad estadounidense. La prolongación de conflictos en distintos escenarios, el impacto de las tensiones en Oriente Medio sobre los precios energéticos y el aumento del coste de vida han alimentado una percepción de saturación que condiciona cualquier debate sobre la implicación exterior.

La experiencia acumulada en las últimas décadas ha consolidado la idea de que las intervenciones tienden a prolongarse, a encarecerse y a trasladar sus costes al ámbito doméstico, especialmente en forma de inflación energética y presión sobre el poder adquisitivo.

En este contexto, cualquier escenario de actuación en Cuba no se evalúa solo en términos geopolíticos, sino también en función de su efecto inmediato sobre el votante medio, lo que introduce un límite claro a la disposición de Washington para asumir nuevos costes políticos³².

A diferencia de otros escenarios más lejanos, la proximidad geográfica amplifica esa percepción de riesgo: una crisis en la isla puede traducirse rápidamente en presión

³⁰ DW. «FBI está en Cuba para investigar incidente con lancha armada». 2/4/26. Disponible en: <https://www.dw.com/es/fbi-est%C3%A1-en-cuba-para-investigar-incidente-con-lancha-armada-procedente-de-eeuu/a-76644823>

³¹ 14 y MEDIO. «Marco Rubio sobre Cuba: La única cosa peor que un comunista es un comunista incompetente». 27/3/26. Disponible en: https://www.14ymedio.com/cuba/marco-rubio-cuba-unica-cosa_1_1125135.html

³² SMELTZ, Dina *et al.* «The Growing Partisan Divide on U.S. Foreign Policy», *Chicago Council on Global Affairs*. 2026. Disponible en: <https://globalaffairs.org/research/public-opinion-survey/2025-survey-public-opinion-us-foreign-policy>

migratoria, tensiones en Florida o efectos económicos perceptibles en el corto plazo.

Por ello, la cuestión central deja de ser si Estados Unidos puede intervenir y pasa a ser en qué condiciones podría hacerlo sin asumir un coste político difícilmente gestionable. La combinación de fatiga social, de sensibilidad económica y de presión electoral actúa como un factor de contención que limita el margen para cualquier escalada directa, incluso en un contexto de creciente presión estratégica.

Este clima no implica un repliegue automático, pero sí introduce restricciones claras. Cuba se sitúa así en una posición ambivalente: lo suficientemente relevante como para no ser ignorada, pero no lo bastante prioritaria como para justificar una intervención abierta en un contexto de sobrecarga internacional y de presión económica interna.

Esta tensión ayuda a explicar el tipo de actuación que se está consolidando: presión sostenida, contactos selectivos y respuestas puntuales orientadas a evitar escenarios de mayor desestabilización.

En este marco, la posibilidad de una intervención directa en la isla se mantiene, por el momento, en un plano improbable. Sin embargo, la cuestión relevante no es tanto su inmediatez como su progresiva normalización en el debate público.

La combinación de declaraciones políticas, deterioro interno y percepción de oportunidad ha desplazado los límites de lo imaginable, incorporando escenarios que hasta hace poco quedaban fuera del análisis. No se trata de que la intervención sea inminente, sino de que ha dejado de situarse fuera del marco de lo plausible³³.

Esta lógica no se limita a la relación bilateral. El entorno regional observa la evolución de la crisis cubana como un indicador de hasta qué punto Washington está dispuesto a combinar presión, cooperación e implicación directa en función de la estabilidad.

Esta evolución se produce en un contexto hemisférico donde otros actores siguen de cerca el caso cubano. Países como Venezuela o Haití leen la gestión estadounidense de la crisis como una señal sobre los márgenes reales de actuación de Washington.

³³ Este fenómeno de desplazamiento en el discurso público se conoce en ciencia política como la Ventana de Overton. El concepto describe cómo una idea pasa de ser considerada radical o impensable a ser percibida como una opción legítima y discutible a medida que se introduce de manera recurrente en el debate mediático y político. Para profundizar en este modelo de normalización de narrativas, véase: Mackinac Center for Public Policy: The Overton Window. <https://www.mackinac.org/7504>

El Caribe, en su conjunto, percibe que la proximidad geográfica y la fragilidad interna pueden activar respuestas más rápidas, más flexibles y menos visibles que en otros escenarios.



Figura 3. El Caribe como *mare nostrum* estadounidense. Elaboración propia

En última instancia, lo que Cuba anticipa no es un desenlace concreto, sino una forma de actuación. La isla se ha convertido en un espacio donde se ensaya una gestión basada en presión calibrada, intervenciones puntuales y una ambigüedad estratégica que evita compromisos irreversibles.

Este enfoque no busca resolver la crisis, sino impedir que derive en escenarios difíciles de contener en un entorno que Estados Unidos no puede permitirse desatender. Porque en el Caribe, las crisis rara vez estallan de golpe, pero sí pueden dejar de ser gestionables.

Conclusión

Visto en perspectiva, la política exterior estadounidense hacia el Caribe —y hacia Cuba de manera prominente— parece estar abandonando la inercia del «aislamiento rutinario» para transitar hacia una fase de activismo oportunista y multidimensional.

Este giro no surge de un diseño lineal, sino de la convergencia entre una crisis sistémica en la isla y una Administración en Washington que, en un entorno internacional saturado de frentes abiertos, ha redescubierto la proximidad geográfica no como una carga logística, sino como una ventaja operativa.

En un ciclo político marcado por la simultaneidad de crisis, el Caribe reaparece como un espacio donde la rapidez de los efectos y la sensibilidad doméstica obligan a actuar con una mezcla de contundencia y flexibilidad.

La progresiva normalización del debate sobre una intervención —en cualquiera de sus gradaciones, desde la presión diplomática extrema hasta escenarios de ruptura— no debe interpretarse como el anuncio de una acción inminente. Responde, más bien, a la construcción de una arquitectura de disuasión y preconditionamiento que desplaza deliberadamente la frontera de lo «impensable».

Al combinar retórica de alta intensidad con ambigüedad estratégica, Washington recupera una iniciativa que había perdido en otros escenarios, obligando al Gobierno cubano a gestionar su supervivencia bajo la sombra permanente de opciones que antes quedaban fuera del análisis racional.

Al mismo tiempo, esta renovada centralidad del entorno inmediato cumple una función geopolítica mayor: la contención de actores extrarregionales en un momento de competencia global. El refuerzo de la influencia estadounidense en el arco caribeño envía una señal inequívoca sobre la vigencia de las zonas de interés vital.

Cuba deja así de ser un vestigio de la Guerra Fría para convertirse en el laboratorio donde se ensayan las nuevas lógicas de poder hemisférico, basadas en sanciones quirúrgicas, canales discretos de comunicación y una presión sostenida orientada a forzar ajustes tácticos que garanticen la estabilidad del golfo de México.

El éxito de esta postura dependerá de la capacidad de la Administración estadounidense para equilibrar su proyección de fuerza con el pragmatismo necesario para evitar que la presión derive en un colapso incontrolado con consecuencias migratorias o humanitarias difíciles de absorber.

Pero lo que parece indudable es que el Caribe ha dejado de ser un frente periférico. En un mundo donde la simultaneidad de crisis redefine las prioridades estratégicas, Washington parece haber asumido que para proyectar poder globalmente debe, antes, asegurar sin ambigüedades su hegemonía en su propio *mare nostrum*.

Rocío de los Reyes Ramírez
Analista principal del IEEE